

Tomás Baviera Puig

PENSAR CON CHESTERTON

Fe, razón y alegría



Ciudad Nueva

© Tomás Baviera Puig

© 2014, Editorial Ciudad Nueva
José Picón, 28 - 28028 Madrid
www.ciudadnueva.com

Maquetación y diseño de cubierta: *Antonio Santos*

ISBN: 978-84-9715-296-9

Depósito legal: M-6.822-2014

Imprime: Estugraf Impresores - Ciempozuelos (Madrid)

Presentación de la colección

Con este libro, la editorial Ciudad Nueva inicia la colección “Pensar con...”. Con ella nos proponemos acercar al lector pensadores y literatos clásicos –es decir, de todos los tiempos– que han aportado ideas y reflexiones con validez universal porque hunden sus raíces en el hombre y su misterio. Hombres y mujeres de distintas épocas, lugares y tradiciones, que transmiten ideas-clave para entender al hombre de todos los tiempos y que pueden aportar luz y sentido a las reflexiones de hoy.

Cada pensador tiene sus líneas maestras, su aportación que dar a los grandes temas de siempre. Por otro lado, la reflexión y el pensamiento nunca es novedosa ni parte de cero, sino que cada autor va añadiendo un anillo tras otro al tronco común del pensar. Y, en último término, siempre es bueno –casi un deber– dialogar con el mundo del pensamiento y aportar nuestras propias luces.

Si la filosofía verdadera no está al alcance de cualquier persona, quiere decir que las obras de los pensadores son inútiles. Si no se puede acceder al pensamiento, si no se puede encarnar en la vida de cada uno, si no da alas de libertad, todo es vanidad de vanidades... Por eso, en diálogo con cada autor, penetrando en su hacer y decir pro-

fundos, intentaremos disipar prejuicios y acercarlo al lector. Mejor dicho: ayudar al lector a acercarse al pensador, abrirle el apetito y darle motivos para profundizar en las ideas-clave que están a la raíz de su pensar.

El editor

*A los universitarios que formaron parte
del Colegio Mayor de La Alameda,
1992-2012*

Prólogo

Las mutaciones de Chesterton

El contexto de las dos obras de Chesterton analizadas en este libro es el auge de las ideologías en la primera mitad del siglo XX europeo. Se trata de auténticas mutaciones culturales y sociales que pretenden explicar la historia humana en clave materialista, con una fe ciega en su interpretación y una agenda política de transformación de la sociedad.

Al leer *Ortodoxia* y *El hombre eterno* conviene saber que Chesterton escribe ambos ensayos para desmontar esas pretensiones. Pero da por supuesto que sus lectores, además de tener amplios conocimientos históricos, están al tanto de las tesis positivistas, las reivindicaciones marxistas, el darwinismo radical, el inmoralismo de Nietzsche y el psicoanálisis de Freud. Como la suposición de Chesterton es muy generosa, Tomás Baviera me ha ofrecido esa explicación a modo de prólogo.

La mutación positivista

Fundado por Auguste Comte, el positivismo reduce el conocimiento humano al obtenido mediante el método

científico experimental, declarando incognoscible la realidad inmaterial. Por eso, junto a la negación de la filosofía, hay también un positivismo jurídico que niega la ley natural y un positivismo ético que sustituye la ética prescriptiva por la sociología descriptiva.

El positivismo se atiene solo a los «hechos positivos», aquellos que pueden ser captados directamente por los sentidos y ser sometidos a verificación cuantitativa. Es de justicia reconocer que tal actitud supuso un importante avance para las ciencias empíricas y sociales. Pero al mismo tiempo amputó las posibilidades del conocimiento humano, porque al descartar *a priori* toda realidad metafísica lo dejó atrapado en el materialismo.

El positivismo dominó gran parte de la cultura europea durante un siglo. Años en los que la revolución industrial y científica llevaron a pensar, con entusiasmo general, que el progreso humano y social, además de constituir la verdadera y única fuente de la felicidad, era imposible de detener. Flotaba en el ambiente un optimismo invencible, surgido de la certidumbre de avanzar hacia un bienestar generalizado.

El propósito de regenerar la sociedad asume en Comte la forma de una religión en la que se sustituye el amor a Dios por el amor a la humanidad. A imitación de la Iglesia Católica, Comte crea un paranoico sistema eclesiástico con dogmas filosóficos y científicos, ochenta fiestas, nueve sacramentos, prohibición del divorcio, sacerdotes y un papa positivista. Si el cristianismo mira al cielo, la religión positivista mira a la tierra, y en ese sentido la política es el todo

de esta religión. «Estoy persuadido de que, antes de 1860, predicaré el positivismo en Notre-Dame como la única religión real y completa», había asegurado.

La mutación marxista

Carl Marx nació en Tréveris en 1818, en el seno de una familia acomodada. Fue bautizado en la Iglesia Evangélica. Estudió en las universidades de Bonn y Berlín. De sus años universitarios tenemos algunas declaraciones contundentes de ateísmo: «Yo quiero vengarme de Aquel que reina por encima de nosotros. Yo lanzaré mi guante a la faz del mundo y me esforzaré por hundir a ese gigante pigmeo».

En 1842 se doctoró con *El materialismo dialéctico en Epicuro y Demócrito*. Rehusó el camino que su familia le tenía preparado como abogado y prefirió el periodismo, la reflexión filosófica y la crítica social. Por su activismo revolucionario tuvo que huir de Prusia y de Francia. En Inglaterra consiguió vivir gracias a Engels, amigo y colaborador. Publicó el *Manifiesto comunista*, la *Crítica de la economía política* y *El capital*. Murió en 1883 sin ver realizadas sus predicciones, tras dejar una obra que lo ha convertido en uno de los filósofos más influyentes de la historia contemporánea.

Su pensamiento se apoya en dos pilares: la visión materialista de toda la realidad y la interpretación de la historia humana en clave económica y de lucha de clases. Para

Marx, no son las ideas las que configuran la realidad humana, sino al revés: son las relaciones económicas –el modo de producción– las que configuran cada tipo de sociedad, con sus leyes, su política, su arte, su filosofía, su religión...

Marx entiende que la religión representa una doble alienación: en primer lugar, es falsa; en segundo lugar, desvaloriza esta vida y este mundo al poner el acento en la felicidad de otra vida y otro mundo después de la muerte. En ese sentido anestesiante, la religión *es el opio del pueblo*, y es preciso acabar con ella, como se han propuesto todos los países donde el marxismo ha triunfado.

La mutación darwinista

No hay libro de biología donde no aparezca un dibujo de simios y homínidos en procesión, con el *homo sapiens* a la cabeza. Y esa sola imagen parece el argumento definitivo que explicaría la evolución del mono al hombre. Pero no lo es en absoluto. Más bien, lo único que puede explicar la enorme diferencia entre ambas especies no es la evolución, sino la revolución, como señala Chesterton.

Con su «descendencia natural» y su exclusión de la creación, el darwinismo radical provoca otra mutación igualmente radical en la concepción del hombre. Darwin habla en *El origen de las especies* de «leyes impresas por el Creador en la materia». Esas leyes –entre las que sobresale la capacidad de reproducción y de sufrir cambios morfológi-

cos— son las que hacen posible la evolución. Sin embargo, apenas un siglo más tarde, la hipótesis de Darwin había sido convertida, por darwinistas radicales, en la alternativa atea al relato bíblico del Génesis.

Darwin fue un científico riguroso y ponderado, pero algunos darwinistas hacen gala de una ingenuidad poco científica. En 1959 se celebró en Chicago el centenario de *El origen de las especies*. Allí, Julian Huxley, el orador más aplaudido, declaró que «la tierra no fue creada: evolucionó. Y lo mismo hicieron los animales y las plantas, al igual que el cuerpo del ser humano, la mente, el alma y el cerebro». Algo parecido dice hoy día Richard Dawkins, zoólogo de Oxford, uno de los evolucionistas más mediáticos.

Ni Huxley ni Dawkins reparan en que el acto creador parece necesario para dar razón del ser mismo de los vivientes y de sus leyes. Por eso, el creacionismo no sustituye a las causas naturales que la biología estudia ni se opone a ellas. Si el universo es un conjunto de seres contingentes —que no tienen en sí mismos su razón de ser—, necesariamente ha tenido que ser creado. Crear no es transformar algo, sino producir radicalmente ese algo. La evolución, en cambio, se ocupa del cambio de ciertos seres que previamente existen. De esta forma se ve claro que la creación y la evolución no pueden entrar en conflicto, porque se mueven en dos planos y en dos cronologías diferentes. Su pretendida incompatibilidad es, por tanto, un falso problema.